

**Luis ROMERA**, *El hombre ante el misterio de Dios. Curso de teología natural*, Madrid: Palabra (Colección «Albatros»), 2008, 288 pp., 13,5 x 21,5, ISBN 978-84-9840-128-8.

La verdad es que no abundan en la bibliografía en castellano los manuales de teología natural. Pocas cosas son más importantes que ésta, pero no hay nada más difícil que hablar bien de Dios. Tanto en el sentido de que Dios es bueno, como en el de que el hombre pueda hablar bien de Él. Por eso el autor nos pone en situación: «ante el misterio». Y nos sitúa a los hombres, pero no a todos o a una abstracta generalidad, sino a cada quien, a cada uno, en el curso natural del discurrir racionalmente sobre la existencia y la muerte, ante el mundo y sus cosas y ante el sentido de la vida de cada persona en medio de ellas.

El capítulo primero se titula «El itinerario hacia Dios». Es una apertura antropológica como corresponde a la filosofía después del final de la metafísica y en un intento extraordinario para recuperarla para el pensamiento y para la vida. La existencia del itinerario supone la existencia de la apertura por el lado subjetivo: es el punto de partida. Un hombre encerrado entre las cosas materiales, y satisfecho con su vida gastada entre humores y consumos, no tienen ningún camino que recorrer, basta que deje a la vida ir a su aire. La apertura destaca la inteligencia capaz de verdad y la libertad que, por encima de cualquier determinación extraña, advierten la finitud

de la propia existencia y descubren el ansia que las constituye por encima de las cosas del mundo. Esta apertura dinámica puede discurrir por el cauce del pensamiento riguroso hasta el final, que es siempre un «hacia» la meta.

El principal obstáculo para dicha travesía se delinea en el capítulo segundo: «El oscurecimiento de Dios». La idea es que las lindes del sendero que deberíamos recorrer no aparecen claras en la cultura heredada. Por un lado, nos encontramos con la predicación de la emancipación de la subjetividad que gobierna el pensamiento desde la ilustración. Esa emancipación alcanza uno de sus hitos en el éxito actual del secularismo, que conduce la propia existencia en una mezcla de sentimientos placeres sin ninguna referencia a la trascendencia. Por eso el autor dedica cuatro apartados a los temas que vehiculan esta dinámica oscurecedora: el agnosticismo tal como fue formulado por Kant, el ateísmo declarado por Nietzsche y Sartre, el indiferentismo como el modo popular de resolver en la propia existencia este legado, y la subjetivización del que quiere tenerlo todo al alcance de la mano y en este mismo momento.

El objetivo de las páginas que siguen puede definirse como el esfuerzo por deli-

near con precisión los márgenes de esa senda y establecer los lugares privilegiados por los que hay que pasar. La palabra que resume el capítulo tercero es sencillamente «metafísica»: ése es el camino que empieza en el saber común que ya conoce espontáneamente la existencia de Dios, pero no se conforma sino con su elaboración científica, que le proporciona universalidad y radicalidad. Se trata, por tanto, de un camino aristotélico-tomista en el que se destaca justamente lo central: la prioridad del acto. Ése es el camino que conduce al conocimiento metafísico de Dios.

El capítulo cuarto desarrolla los argumentos para demostrar la existencia de Dios: tanto los argumentos *a priori* como las vías tomistas son analizadas con esmero. Y de este modo comparece junto con la radicalidad de la metafísica la vía antropológica que conduce desde el análisis de la dinámica de la libertad finita a la libertad infinita que proporciona destino, orientación y sentido, sin los que la propia libertad ni siquiera podría ser expresada.

En el capítulo cinco el autor dedica sus esfuerzos a mostrarnos, de alguna manera, quién es Dios. Téngase en cuenta que ésta es la gran cuestión y la que siempre queda abierta: orientarnos a Dios no significa en ningún caso poseerlo, disponer de las ideas precisas para pensarlo con justeza: Dios seguirá siempre siendo un misterio. Ésa es la primera y más necesaria aclaración. Ése es el significado último del concepto de trascendencia, a partir del cual la religión monoteísta puede construirse. La teología natural es siempre en buena medida teología negativa: de Dios sabemos mejor lo que no es que lo que es. Por eso es preciso hablar con cuidado: no se puede hablar afirmativamente de Dios, no se puede expresar

unívocamente el ser divino. Pero esto es perfectamente coherente con la aproximación metafísica: la metafísica necesita de la analogía y Dios es el referente supremo para determinar esta idea constitutiva desde Aristóteles, según el cual el ser se dice de muchas maneras. Todos los conceptos metafísicos son analógicos, por eso para hablar de Dios siempre hay que distinguir entre lo que decimos y aquello a lo que nos referimos que es siempre superior y está más allá de nuestras formas de hablar. A pesar de lo cual, hay también formas mejores y peores de hacerlo, y además siempre se puede mejorar nuestro discurso sobre Dios. En este capítulo, siguiendo la línea que ha conducido a las reflexiones de este manual, se habla del Dios creador: es la senda del acto, el itinerario personal hacia la persona y la anticipación del fin desde el mismo comienzo radical que es justamente la creación. Así se alcanza el comienzo: «el hombre ante el misterio de Dios» es a la vez el título del libro y el encabezamiento de su último epígrafe.

Estamos ante un curso elaborado con una inmensa multitud de materiales literarios y filosóficos, que son manejados con destreza en una línea de pensamiento muy trabajada. No hay que olvidar que la metafísica es la ciencia primera sobre lo último y requiere en su culminación en la teología natural los desarrollos de todas sus partes: Dios es lo primero, pero el estudio sobre Dios sólo puede ser lo último del discurso metafísico, es la última asignatura –no olvidemos que es un manual– de la filosofía y, de algún modo, el comienzo de la teología, que sin estos desarrollos no podría avanzar jamás con claridad.

Enrique MOROS